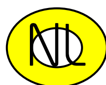
EL SOL DEL NORTE

Narrativa breve

GERMÁN
CAMACHO LÓPEZ



NUEVA LITERATURA LATINOAMERICANA SIGLO XXI



NUEVA LITERATURA LATINOAMERICANA SIGLO XXI

Germán Camacho López

El sol del norte

Título original:

El sol del norte

© 2014, Germán Camacho López
País de origen: Colombia
Idioma original: Castellano

© De esta edición, Germán Camacho López
Bogotá, Colombia

© De la ilustración de cubierta:
Germán Camacho López, 2014

1ª edición: Marzo de 2014
Bogotá, Colombia

EL SOL DEL NORTE

I

De todas podrá decirse lo mismo, y por supuesto, a su modo, cada ciudad es desemejante es sus distintivos. <No obstante, aquella es más bien singular> De las que sin componerse de playa, arena, arrecifes, manglares, guijarros, mejillones, percebes ni cangrejos; tiene poco más o menos un clima tropical, que se engalana de un apremiante calor asentido de una viva humedad.

Si bien las millas de zona montañosa que rodean su geografía, deberían excederse en resguardo de la brisa marina; en carácter opuesto se empeñan en mutar aquel bastimento en una ensenada sin mar que se aviste cerca o lejos.

Ahí, en el norte de la referida geografía se erige el sencillo lar, que enclaustrado, cual quinqué, brilla como la más vivaz candileja ceñida en sus escasos metros; resultado de la titilación del astro reinante, entre baldosas de nácar cinceladas sin misericordia. Fluye y se excede espaciado a través de la lucera, mutando el domicilio en una ensenada de yermo suelo y limo; cuya única fronda son dos plantas de araña en sus macetas.

El cantar de un francolino inédito, de colores vivaces, olvidado por las demás aves silvestres, se liberta cada día por la misma lumbrera; cual si el sol tejiera un camino por el cual desfilan las notas musicales, desde ahí, hacia el mundo de asfalto. Su primoroso tarareo menos afinado que el de una cigarra, mansamente se pierde al contacto con la libertad, entre los edificios de mediana magnitud que,

inscriben sus formas apuntando a las alturas del cielo septentrión, donde señorea la enérgica estrella.

Picos del norte en fuerte avivar, ostentosos, derrelictos al bastonazo del recio estío; vaciados de savia vital, porque en verano las gentes huyen de tales reverberos. La humedad, los sofocos se dejan atrás para solazar en los ríos en busca de alivio y derrocharse en falsos mares sin playa que alivien el enhiesto de la insolación.

Pero no la ciudad entera, una excepción se erige en ese norte paraje, es la morada de plantas de araña como espacio vegetal. Verduzca que ansía sortear el ceñudo flamígero que gobierna aquel desierto, está envuelta, disuelta en calor; ociosa en su interior insípido. El sol eximido de gentiliza, bosqueja una longitud de siete metros al rebasar el rosetón, y forja una infranqueable claridad, erigiendo a su paso las formas de su predilección: muebles, butacas, macetas, anaqueles y trastos.

En el lugar menos visible de esa luminaria agobiante, está Lamartre…

Dado al traste, en ella, su buen humor, mermada por refrendada vez de un modo complejamente inopinado; quitada el habla en el emplazado vértice arquitectónico contiguo a la puerta. Su antipatía ante el acaloramiento le recorta las palabras, no acierta cualidades en ello, no por ignorancia del sol cual agente de vida; sino por la celeridad libertaria que denota desinterés y limitada piedad de este, respecto de las criaturas que habitan la casa.

Aunque libre de personalismo y aplicada en los modos de la urbanidad, desestima su propia desidia y relega tales mortificaciones, para discurrir con la mirada el desierto, que entre muebles, la distancia de Bazán, quien le acorrala con su virtuosa compilación de reflexiones. Las cuales suscitan en ella, más allá del aprecio, pocas conclusiones. Son ejemplares huéspedes de un domicilio que varía en alargado desierto; relegado al norte de una ciudad sin mar, conchas o guijarros. Tan solo un profuso fervor solsticio que, sin lisonjas recuerda los enveses de una sociedad que menosprecia su propensión

al auto-flagelo, a oponerse a las leyes naturales. Y se obliga a acompañarse de aquello que menosprecia.

La piel clara de Lamartre, admisiblemente se inhibe de protección natural, para acuñarse de pápulas. Vadeando esa categoría, Bazán, de tez aceitunada, parece deferido por el astro rey, adpero, los sedentarios, el francolino y las plantas de araña se abaten por igual ante la acometida del sol.

Se precisan a iniciar el mes con la simpleza heterodoxa de una coyuntura que se niega a sosegar el lítico fuego. Con todo, franquean sus inhibidos días de Agosto, en aquella siesta de calor notable. En el vacio de la vivienda colmado por un rival, quien no abandona su designio de homogéneos días, pues si se ausenta, en realidad es por brevísimo tiempo, para tornar de inmediato a su acuerdo de contrariedades. Una exigua miga de esperanza que no alcanza para suavizar el tedioso fuego llameante en el hogar.

Con molestia, Bazán se saca el abrigo, que coloca en el respaldar del sillón,   después, parece aguardar con paciencia el regreso de un huésped menos cálido.

Tal vez, con la mediación del atardecer, que dispense una tregua de cordialidad.

De pronto sonríe, con un gesto casi cordial, entre el bullir del francolino y la apatía de Lamartre. Enseguida, con uno y otro preámbulo, liberta uno de sus embates sintácticos:

—¿Podría este desierto ambiente, no sé, ser un gesto de apatía de nuestra estrella capital? O ¿Habrá inquirido la trillada, curtida y disgregada naturaleza autodestructiva del ser humano? y, más aún, con aliento coadjutor haber avivado la idea de reconciliarnos en perlas dentro de su almeja.

Tomada por sorpresa cual palomilla en red, Lamartre duda, empero, indeliberadamente explora la extravagante abstracción, rebuznado su restringida opinión, al subsiguiente silencio de Bazán.

— ¿Y por qué no?—aclara el disertante- Acaso ¿No es el propio sol, quien entre caricias de fuego, ha provisto de vida esta

heredad? y no podría este mismo fuego perverso enviar al traste toda forma de vida.

— ¡Ah, si lo hubiera sabido mi querida Lamartre!. Hace mucho que habría emigrado hacia climas indulgentes, pero ¿cómo íbamos a presagiar que, precisamente, quien iluminó de colores el mundo, ahora quiera entonarlo de ambarina expiración?

— ¡Qué desatino! ¡Verdad!

—¡Será posible su piedad, solo un instante, verle regresar mañana, y posarse aquí la noche con su brizna suave, solo una brevedad—Suspira Bazán.

—¡Es fascinante! —exclama luego.

—¿Qué? ¿El sol? —farfulla Lamartre.

—No…no, sería un despropósito, claro, ¡No el sol y su fulgor! Sino la justificación de su proceder, la cognición para arrojarse avivadamente sobre frágiles carnes—Objeta Bazán—En ello relumbra un rudimento simple, un algo que exige discernimiento y juicio.

—No logro entender, en absoluto, lo que dices—interrumpe Lamartre.

—Bastaría justificar el credo del astro rey, para entender que su fulgor inquebrantable, no es otra cosa que un vocablo pertinaz, a falta de pluma, para señalar el error humano—Replica el locuaz, poniéndose enseguida de pie y avanzando, acosando la línea de luz que se alarga entre ellos— ¿Lo ves?

—¿Qué? ¿Qué es lo que debo ver?

—El sol no ambiciona vecindad, por el contrario, invoca porque aquella cubierta…—dice sentándose en la silla frente a ella, señalando en dirección al firmamento, a través de la claraboya —Aquella cubierta, permanezca intacta. Es esa su forma de hablar.

—Bueno; admitamos que, como dices, el sol habla e incluso juzga nuestra conducta necia—replica Lamartre —Acaso ¿Es su cálculo, disponer que se abrasen no solo las personas, sino también mascotas y plantas?

Al escucharla, Bazán, queda lúcidamente pensativo, luego mira el rostro exangüe y níveo durante unos segundos. Se incorpora de nuevo, examina las paredes como buscando respuesta en ellas, eleva la mirada. Entretanto, el francolino desfallecido, aireándose con el pico abierto, vuela hacia el rincón más alejado del recinto donde un sombrear anhela hacerse espacio.

El sudor de Bazán progresa desde la frente hasta la juntura de las cejas con la nariz, no dice nada. Avanza abstraído de regreso a su lugar y se deposita de nuevo en su sitial.

Durante breves minutos, sentado, examina con acuciosidad el espacio que le rodea. A la larga se incorpora nuevamente de su silla y coge camino por la cerámica nacarada en dirección a la velada mesilla, donde antes se posó el francolino. Lo toma en sus manos. Los mansos graznidos del animal son una perorata molesta, cuyas notas revolotean por el salón.

Dicha conducta sorprende a Lamartre, mas no alcanza para despertar en ella agitación, quien de inmediato se avoca a la labor de airearse con el aventador improvisado de un calendario de meses rancios.

Parece que la sofocación ha conseguido, abreviar a Bazán y sus dicciones, adormecer sus sentidos mientras acaricia el airón del francolino; reembolsarle la serenidad de un laudo simple:

Es simplemente el verano.

Ese que, con sus calores, conlleva a inverosímiles referencias, ocurrencias que, al sediento, el malhumorado y el desfallecido; le vienen propicias entre el enrarecimiento que instituye el bochorno, como huésped principal, en una ciudad sin playa. De esas sin manglares ni arrecifes, donde lo único libre es el sol del norte sobre sus cabezas.

—¡Seguramente, mi querida Lamartre!—Silba Bazán rasgando el silencio, de espaldas a ella, persistiendo en ataviar el ave— ¡Ah! reveses, los que causa el hombre en su arrogancia, vencidos caeremos y en seguida tras nosotros, la generación que habita el mundo.

Llegados al filo de un profundo acantilado donde por voluntad hemos saltado. Sin embargo, al final, los rayos de la aurora iluminaran de nuevo, verbigracia de la conciencia, de esa luz, que relumbra desde el cielo.

FIN